

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVIII

Agosto de 1941

Núm. 194

<https://doi.org/10.29393/At194-1GDRA10001>

Puntos de vista

Gérmenes destructores

EL descubrimiento de algunos grupos totalitarios en diversos países de Hispanoamérica, hecho últimamente, plantea la situación peligrosa en que se encuentran estas naciones inermes, en cuanto a la efectividad de sus medios de defensa. Pero el problema se complica por la existencia en el orden interno de estas democracias, de núcleos criollos, para los cuales la democracia es ya una forma de gobierno que ha hecho crisis y que requiere ser cambiada por otra de tono más fuerte y más absoluto. El totalitarismo tiene muchos adeptos en estos países. Y no debemos disimular esta realidad, porque negarla sería desconocer un hecho categórico. Las ideas totalitarias se han reforzado en la conciencia de mucha gente por razones diversas. Para unos el gobierno fuerte es indispensable frente a la orgía de los partidos democráticos que han olvidado o abandonado su verdadera función de gobierno. Pero este gobierno fuerte, o mejor, esta idea de gobierno fuerte, no es la que, específicamente, consulta la constitución, sino la otra, la que proviene del juego arbitrario y absorbente del totalitarismo europeo. El gobierno fuerte sería para estos elementos el que impidiera toda manifestación democrática, que ahorcara la libertad de expresión y de crítica y que no tolerara funciones públicas de organismos destinados a censurar las actividades de ese mismo gobierno. En buenas cuentas, se trataría de implantar entre estos pueblos, la misma concepción fascista que

ha liquidado todo impulso de crítica o examen y que ha aherrojado la conciencia libre y soberana del pueblo el derecho a elegir a los hombres que deben representarla en los Congresos.

Cambia así el sentido de la función gubernativa y cambia, por cierto la expresión tradicional en que han sido educadas estas democracias.

Si los países de este continente se dejan penetrar por los gérmenes de estas ideas totalitarias es indudable que su suerte será trágica. La libertad, engendrada por la educación y por la historia de un siglo, no se transforma sino al precio de dolorosas contiendas internas o después de brutales y violentas extorsiones. Modificar todo un sistema social y político, para rendirlo maniataado a los pies de doctrinas esclavizantes de la persona humana y de su dignidad, es, simplemente, poner a un país en el despeñadero de su ruina moral. El esfuerzo humano en su más gloriosa trayectoria de progreso, ha podido alcanzar cumbres ilimitadas de perfección, sólo gracias a la seguridad que la conciencia ha tenido de su libertad y de su libre desenvolvimiento espiritual. No podemos ver hoy el fruto de los totalitarismos en su fase intelectual, porque este proceso tarda en producirse. Pero andando el tiempo se verá que su resultado en ese aspecto fué nulo, si bien, materialmente, el totalitarismo logró éxitos indudables. La grandeza de una nación no descansa sólo en la naturaleza de sus actos realistas, sino y más que todo, en la profundidad de sus concepciones intelectuales. No es posible fijar una ruta sino a través de un alto propósito espiritual. Y es evidente que no hay ni puede haber creación armónica y progresiva del intelecto si existen fuerzas materiales que le impiden avanzar y si el espíritu está encadenado por la violencia o por la aplicación de una disciplina que le constriñe en su vuelo libre y generoso.

De esta amarga experiencia deben precaverse los países de América. América, ya lo hemos repetido en múltiples ocasiones, tiene una tradición y una norma de vida intelectual. Ha crecido en el ambiente de la libertad; ha desarrollado plenamente su sen-

tido crítico, y aunque en muchas ocasiones él ha sido negativo, no por eso ha sido menos eficaz para el desenvolvimiento de su vida social y espiritual. Lo negativo ha sido menos poderoso que lo constructivo, menos potente para el progreso y para la dignidad de la persona humana.

Y si los regímenes democráticos han podido descubrir y ostentar algunas flaquezas inevitables y aun gérmenes de disolución, es preciso, antes de condenar, analizar qué parte de culpa ha tenido en ello la infiltración de algunas ideas y doctrinas ajenas al verdadero sentido de la nacionalidad o del espíritu de la tierra.